

Maxime Robinson, en fin, postula que las ideologías socializantes se vinculan al mito del Estado con predominio proletario en marcha hacia una sociedad sin clases.

Es indiscutible, como se desprende del conjunto de la obra, que el comunismo egipcio radicalizó la vida política egipcia, polarizó las ideologías y se atrevió a cuestionar nuevamente las tradiciones. También es cierto, como lo resiente Hassan Riad, que en última instancia ha predominado el pensamiento de Sayyid Qutb que confunde en su odio la dominación extranjera y los valores culturales del mundo moderno. De esta manera se ha salvado el Islam y particularmente el Sunnismo, la corriente legalista de aquél, que se opone a toda revisión de las tradiciones en materia religiosa. Pero no debe olvidarse que en toda revolución los hechos van imponiéndose a las intenciones y que los hechos, en este caso, no son sino el resultado de las intenciones subconscientes colectivas en un juego libre de fuerzas. La revolución egipcia no ha terminado y es prematuro calificarla de fascista o de comunista, si bien existen elementos para inclinarla en uno o en otro sentido. Tampoco debe olvidarse que estamos asistiendo, como lo pronunció recientemente Georges Balandier, a una desoccidentalización del marxismo, lo mismo en China que en Cuba, lo mismo en el África negra que en el mundo árabe de Ben Bella y de Nasser.

MANUEL MAS ARAUJO,
de El Colegio de México

Jean-Baptiste DUROSELLE: *L'Europe de 1815 à nos jours. Vie politique et relations internationales* (Nouvelle Clío. L'Histoire et ses problèmes, n^o 38), Paris, Presses Universitaires de France, 1964. viii + 397 pp.

Si la colección "Clío" es insustituible para los historiadores —aunque sea necesario completarla con bibliografías recientes— la "Nouvelle Clío", dirigida por los profesores Lemerle et Boutruche, viene a llenar el hueco donde se encuentran los estudiantes universitarios que buscan en la historia lo que corresponde a "l'état des problèmes" de la *Revue Française de Science Politique* o los "memoranda" de Chatham House para la ciencia política, es decir, un estudio en el que se indiquen las fuentes bibliográficas más importantes y cuáles son los principales problemas tratados o en proceso, así como las tendencias más importantes de la investigación.

L'Europe de 1815 à nos jours, se ciñe a estos límites y los atraviesa en más de una ocasión: es imposible hablar hoy de

la Europa contemporánea sin referirse a la Unión Soviética o a los Estados Unidos. Tratar de explicar los últimos cincuenta años de la historia de Europa en poco más de 140 páginas —las que componen la segunda de las tres partes que tiene esta obra—, es una tarea poco común. Es natural, pues, que el Prof. Duroselle se haya limitado a delinear los caracteres distintivos de cada una de las fases, bastante nítidas por lo demás, que se pueden distinguir en este siglo y medio: pero en todas ellas se advierten de una manera clara los lazos y nexos que unen la vida política de las naciones —dándole a la palabra política su más amplia significación— con las relaciones internacionales. Si el acento pasa de las revoluciones a los nacionalismos, de éstos al sistema bismarckiano, para correr luego a los conflictos armados, a la guerra de 1914, a los conflictos entre las democracias y los fascismos para terminar en el sistema bipolar de nuestros días, lo esencial radica en ver la unidad substancial que existe entre todos los fenómenos de la vida de las naciones: cómo el nacionalismo tardío de Bismarck le lleva a olvidarse del problema colonial y cómo la derrota del 70 lleva a la Tercera república fuera de sus fronteras: vida internacional y vida política son dos caras de un solo fenómeno.

En este rápido recorrido van a surgir una serie de problemas más apegados a un núcleo de explicación. Son, en términos generales, aquéllos que Duroselle ha tratado en múltiples ocasiones: al problema de las “fuerzas profundas”, que Rouvinin lanzó por primera vez, Duroselle asocia el problema del hombre de Estado. Frente a la simplificación excesiva de quienes ven en la historia simples estructuras y coyunturas, ciclos *A* y *B*, “soldaduras”, etc., queda asociado el papel en muchos casos decisivos del estadista, no lanzándolo como un problema más de filosofía de la historia, sino siguiéndolo a través de, por ejemplo, Bismarck. Por lo demás, no es esta la primera vez que aborda este tema: en su *Introduction à l'Histoire des Relations Internationales* o en su *De Wilson à Roosevelt*, ya había indicado el valor de los protagonistas. Encontrar y desenmarañar el hilo conductor de la acción de las “fuerzas profundas” sin caer en el determinismo y hallar y ponderar la acción del estadista sin reducir la historia a la biografía, es quizás la mayor aportación que Duroselle ha hecho a la teoría de la historia contemporánea.

El segundo tema que debe destacarse de este libro es el de las relaciones entre la historia (¿o Historia?) y la ciencia política. ¿Relaciones internacionales o Historia diplomática? ¿Historia política o ciencia política? Si no se trata en *L'Eu-*

rope de 1815 à nos jours de resolver la dificultad por el análisis conceptual o por explicaciones teóricas, en la tercera parte (*Debates, Direcciones de la investigación*) queda claramente establecido que las diferencias de métodos de investigación de la historia y de la ciencia política no deben esconder la unidad de los temas. El nuevo esquema tipológico que propone para el estudio de las revoluciones es aplicable tanto a la Revolución de 1830 como a la Revolución nasseriana: entre historia y ciencia política no hay solución de continuidad, pese a los intentos desesperados de los "behavioristas" y de otros investigadores que sin ser "behavioristas" en el sentido estricto del término, se empeñan en meter toda la complejidad del fenómeno humano en un esquema, fenómeno hasta ahora irreductible a las ciencias de la conducta y sólo aprehensible —o por lo menos vislumbrable— dentro de la historia, que puede al menos presentarlo, cuando no explicarlo.

Destinado a los estudiantes, *L'Europe de 1815 à nos jours*, se recomienda no sólo por su utilidad, sino por la lección de saber y sabiduría, de equilibrio y profundidad, en una palabra, de *sagesse* que en él se encuentra.

RAFAEL SEGOVIA,
de El Colegio de México

Pablo GONZÁLEZ CASANOVA: *La democracia en México*, México, Ediciones ERA, S. A., 1965, 261 pp.

En México, el estudio de la realidad política nacional, suele ser obra de los historiadores y de los *políticos* extranjeros. De las últimas veinte obras que revisten cierta importancia, apenas si podemos distinguir una o dos escritas por autores mexicanos, siendo éstos siempre miembros de la oposición, por lo que sus escritos tienen un carácter estrictamente polémico, cuando no agresivo. La respuesta al porqué de la carencia de espíritu crítico entre la "inteligencia" mexicana la ha dado, mejor que nadie, Octavio Paz. Inútil, pues, insistir sobre el tema, dado que la situación no ha variado; en todo caso se han agravado ciertas características de los intelectuales mexicanos —"Preocupados por no ceder sus posiciones— desde las materiales hasta las ideológicas —han hecho del compromiso un arte y una forma de vida"—: en estos últimos años muestran más facilidades para ceder en las posiciones ideológicas que en las materiales. Afortunadamente el libro de Pablo González Casanova es un primer síntoma de